 Tiempo de lectura: 5 min.

La habitación de Don Bosco donde exhaló su último aliento (Valdocco, Turín)

“Me cuesta mucho esfuerzo ir de aquí para allá, dar audiencias de la mañana a la noche; visitar a los bienhechores; ciertos días me siento muy mal por el cansancio y mis achaques: pero pensar en ti dulcifica ese esfuerzo”.

“Lejos de tus ojos, lejos de tu corazón…” cantaba hace medio siglo Sergio Endrigo, y el conocido cantautor lamentaba el debilitamiento de las relaciones con una persona a la que no puedes ver y cuya vida ya no fluye ante tus ojos. También es una experiencia un tanto común para todos nosotros. Pero nada suena más falso en lo que respecta a Don Bosco y a sus jóvenes; es más, se diría que cuanto más lejos estaban de él, más cerca estaba él de ellos. Ofrecemos una pequeña muestra de ello escudriñando los cientos de cartas de los últimos años de su vida.
Escribe el 5 de febrero de 1886 al joven sacerdote misionero P. Carlo Peretto “prefecto” de la casa de Niteroi, en Brasil: “Si tuviera veinte años menos, ¡qué pronto habría hecho el viaje a América! Pero si para todo hay remedio, con el paso de los años no lo hay: así que paciencia. Pero no penséis que estáis tan lejos que no puedo estar con vosotros en ciertos momentos. Y cuando llega la noche y descanso unos instantes en la semioscuridad, os repaso uno por uno, os veo en espíritu, me parece oír vuestra voz, me conmuevo y rezo por vosotros, ¡oh! ¡Con cuánto afecto, con cuánto fervor! Y entonces os bendigo como si estuvierais todos ante mí… ¡como el día de la partida! En esos momentos, el vasto océano que nos separa no es más que una gota de agua; Brasil, la Patagonia, Buenos Aires, Montevideo no están más que a un paso de mi silla”.
Conmovedor. Por la noche, Don Bosco soñaba con sus “hijos predilectos” dispersos por las estepas desoladas y heladas del “fin del mundo” para civilizar y evangelizar a las tribus salvajes… pero durante el día, quizás hacia el atardecer, en la “hora que vuelve el corazón y ablanda los corazones de los marineros”, como diría el divino poeta, los veía directamente en acción como si los tuviera delante. ¡El poder del amor que va más allá del espacio y del tiempo! Don Bosco ¡quién sabe lo que habría dado por estar cerca de sus hijos misioneros! Pero nunca tuvo la oportunidad.

Más allá de los Alpes

Otra oportunidad. Viajando por Francia, cuando llegó a Tolón el 20 de abril

de 1885 Don Bosco tomó la pluma, papel y tintero y se dirigió a sus muchachos de Valdocco con estas palabras: “Mis queridos hijos, me he ido a Francia y podéis adivinar por qué. Destruís los panes y si yo no fuera en busca de conquibus el panadero gritaría que no hay más harina y que no tiene nada que meter en el horno. Rossi, el cocinero, se llevaría las manos a los cabellos y gritaría que no sabe qué poner en la olla. Como el cocinero y el panadero tienen razón y vosotros tenéis aún más razón que ellos, he tenido que ir en busca de la fortuna para que no les falte nada a mis queridos hijos”.

Podría parecer simplemente una forma elegante y fácilmente comprensible para los destinatarios que conocían bien la situación y a las personas mencionadas, pero cabe indicar el hecho que Don Bosco que viajaba por Francia en aquella época era para entonces una sombra de sí mismo, un hombre prácticamente agotado, un traje gastado por el uso, un “milagro viviente” como lo definió un médico francés. Él mismo lo confiesa en la continuación de la carta: “Es cierto que me cuesta mucho esfuerzo ir de aquí para allá, dar audiencias de la mañana a la noche; visitar a los bienhechores; ciertos días me siento muy mal por el cansancio y por mis achaques: pero pensar en vosotros se me hacía dulce aquella fatiga. Porque siempre pienso en el Oratorio; y sobre todo por la tarde, cuando puedo tener un poco de tranquilidad, veo uno a uno a los Superiores y a los jóvenes, hablo de ellos con mis allegados y rezo continuamente por ellos. ¿Y vosotros también pensáis en mí, rezad por mí? Oh, sí, ciertamente, porque me lo ha escrito vuestro director, cuyas cartas, con las noticias que me daba sobre la casa, me producen un gran placer”.

Don Bosco está siempre en contacto con sus jóvenes, quiere saberlo todo de ellos, no puede vivir sin ellos. Les quiere, piensa en ellos, sueña con ellos, les hace partícipes de las gracias espirituales y materiales con las que la Virgen abre los corazones y las carteras de los bienhechores franceses: “Pronto comenzará el mes de mayo y me gustaría que lo consagrarais de manera especial en honor de María Santísima Auxiliadora. ¡Si supierais cuántas gracias ha concedido la Santísima Virgen en estos días a favor de sus buenos hijos del Oratorio! Nuestra Señora se merece realmente que le deis una prenda de vuestra gratitud».

Y como hay que ser concreto con los jóvenes, aquí es donde Don Bosco desciende a lo práctico: “Así que os propongo un pequeño regalo para hacer durante todo el mes y quiero que lo pongáis fielmente en práctica. La florecilla es esta: Cada uno de vosotros, en honor de María, debe esforzarse por alejar de su alma el pecado mortal, evitando las ocasiones y frecuentando los Sacramentos. El año pasado tuvimos cólera en Italia: pero en el futuro podemos tener cosas peores. Por eso necesitamos que la Virgen extienda su manto sobre nosotros”.

Por supuesto, también prometed algo bueno: “Pronto espero volver a estar entre

vosotros y me encomiendo al director para que ese día nos haga estar a todos alegres en el refectorio. ¡Os gusta la alegría no es verdad? A mí también me gusta y deseo y rezo para que el Señor os conceda un día a todos vosotros, me conceda a mí esa alegría eterna que ha preparado para los que le aman".

Promesa cumplida

Cuarenta años más tarde, desde Marsella, el 12 de abril de 1885, escribió a un ex joven y ahora director de estudios en Turín, el P. Juan Bautista Francesia: "Dirá a nuestros queridos jóvenes y hermanos que trabajo para ellos y hasta mi último aliento será para ellos, y que recen por mí, que sean buenos, que huyan del pecado para que todos podamos alcanzar la salvación eterna. Todos. *Que Dieu nous bénisse et que la Sainte Vierge nos protege*". El peregrino itinerante y buscador Don Bosco estaba literalmente agotado y por eso ni siquiera se dio cuenta de que estaba concluyendo su breve mensaje en francés.